

Discurso leído con motivo de la entrega del Premio Viera y Clavijo

2003 (18 de marzo de 2004)

Luis Hernández Calvento

Amigas y amigos:

Es para mí una gran satisfacción recibir este premio de investigación; y lo es por dos motivos: el primero, claro está, por el honor que supone ser galardonado con un premio de investigación tan prestigioso en nuestro ámbito territorial. El segundo motivo es que, además, me permite dar a conocer un poco mejor el trabajo realizado en el sistema de dunas de Maspalomas, y sobre todo las conclusiones que en él se alcanzan. Porque, considerando éstas, cualquier posibilidad de contribuir a la difusión de este trabajo debe ser, desde una óptica social, aprovechada.

La tradicional imagen que todos tenemos del sistema de dunas de Maspalomas comienza a no coincidir con la realidad. Conforme a los datos de que hoy disponemos, podemos asegurar que el campo de dunas de Maspalomas está desapareciendo, en un proceso que, desde los años sesenta, se acelera cada día más. No pretendo con estas aseveraciones (ni con ninguna otra que haya podido realizar con antelación) crear alarmas innecesarias en la sociedad. Tan sólo pretendo plantear en justos términos los procesos que hemos detectado en el análisis evolutivo realizado a este territorio, por cuanto creo que son de gran utilidad para el fin que todos nosotros (agentes sociales y económicos, científicos y políticos) perseguimos: la salvaguarda de un ecosistema único que, además, nos lleva dando de comer desde que, en sus alrededores, se produjera el desarrollo de un amplio proyecto urbanístico destinado a acoger el turismo de masas en la isla.

La historia de esta investigación comienza en 1994. Durante la realización del Plan Director de la Reserva Natural Especial de las Dunas de Maspalomas, tuve la oportunidad de trabajar bajo la supervisión del Dr. Carlos Suárez, a la postre co-director de este trabajo. Sus amplios conocimientos sobre el Medio Natural canario permitieron

intuir una pauta de comportamiento que, desgraciadamente, confirmamos unos años más tarde: el desarrollo de la urbanización de Playa del Inglés había afectado negativamente a la dinámica sedimentaria eólica del sistema de dunas de Maspalomas. Esta fue la hipótesis de partida de un trabajo, al que la Dra. Emma Pérez-Chacón aportó su seriedad investigadora, en forma de diseño metodológico y dirección. Y al que los Dres. Purificación Ruiz, José Mangas, Ignacio Alonso, Inmaculada Menéndez y Javier Alcántara, entre otros muchos, añadieron consejos, ayuda y ánimos.

El objetivo que se planteaba el trabajo era responder a las preguntas “¿cómo, cuándo y por qué se produce la interacción de las edificaciones en esta dinámica natural?”, y “¿qué consecuencias tiene para los ecosistemas que caracterizan a la Reserva Natural Especial de las Dunas de Maspalomas?”. Conscientes de que sólo un análisis diacrónico podría dar respuestas a las interrogantes planteadas, partimos en pos de la caracterización del funcionamiento del sistema de dunas para varios períodos, que abarcaban desde principios de los años sesenta, hasta el año 2000. Para cada una de estas etapas se estudió la forma y dinámica de las dunas, la distribución de la vegetación, y los principales rasgos humanos que, poco a poco, iban poniendo cerco al sistema natural.

El análisis comparativo de los resultados obtenidos, permitió confirmar cómo, efectivamente, el desarrollo de la urbanización del Inglés había interferido (y aún hoy interfiere) en la dinámica de las arenas. Este proceso se ha producido de tal forma que hoy día contamos con aproximadamente la tercera parte del sistema de dunas móviles que podíamos observar a principios de los años sesenta. En algunas áreas esta interferencia se manifiesta en la práctica paralización de la dinámica de las dunas que caracterizan a este territorio, con el consiguiente desarrollo de la cobertura vegetal. En otras áreas, la erosión producida por el viento ha dejado al descubierto los materiales geológicos que hasta hace escaso tiempo estaban cubiertos por arenas. En estos lugares la consecuencia directa ha sido la transformación de los ecosistemas propios de la Reserva.

De acuerdo con estos resultados, no queda más remedio que certificar que el desarrollo urbanístico asociado al turismo en este enclave sureño ha desencadenado un impacto ambiental de grandes dimensiones. Ciertamente es que, por esta vez, no hay culpas que

repartir, sino sólo causas: la posibilidad de que estos hechos sucediesen no podía estar en la mente de nadie en los momentos en los que se aprobó y ejecutó el proyecto urbanístico. Sencillamente, estas ideas no se plantearon a escala mundial hasta casi diez años más tarde. Pero no por ello debemos negar la evidencia.

La investigación que se ha premiado, también estudia otros cambios acaecidos en este espacio de dunas, que no se consideraron en la formulación de la hipótesis original; y que atendiendo a su gravedad nos permiten dibujar un futuro bastante diferente al esperado en este ámbito territorial. Estos cambios son básicamente dos: el aumento progresivo de la distancia entre la primera línea de dunas móviles y la playa del Inglés; y la disminución del volumen de arenas en todo el sistema. Conforme con estos datos, hemos conseguido ajustar un modelo que explica cómo, desde hace tiempo, se produce una amplia transformación del sistema de dunas de Maspalomas, y cómo cada año que pasa, este proceso se acelera, por lo que tal vez estemos hablando de decenios para ver desaparecer una buena parte del sistema que hoy conocemos, y con él, algunos sectores de sus dos playas más emblemáticas: Maspalomas y El Inglés.

Lamentablemente no conocemos aún con exactitud las causas que provocan este proceso de pérdida de arenas, pero sí que éstas se encuentran fuera del propio campo de dunas. Puede deberse a causas estrictamente naturales, tanto como a causas humanas, o a un conjunto de causas de diversa índole que, finalmente, han terminado potenciándose, en un proceso sinérgico. Sin embargo, aun a pesar de que seguimos investigándolas, sus consecuencias se nos muestran progresivamente: en la playa alta del Inglés cada año afloran más cantos rodados, para recordarnos que antes de las arenas, había una playa de piedras, que está quedando al descubierto, y que de seguir este proceso, será una nueva imagen a la que tendremos que acostumbrarnos.

Por último, el estudio también dedicó una buena parte de sus análisis y conclusiones a la caracterización de las actividades que desarrollan en el interior del campo de dunas los usuarios de las playas. Actividades que poco a poco van minando unos ecosistemas en precario equilibrio, debido principalmente a la merma de sus condiciones naturales, por las razones antes aludidas. Así, inciden sobre las geoformas, alterando los antiguos depósitos litorales, que pasan a convertirse en sistemas artificiales de protección contra el viento (los conocidos “goros”); de igual forma lo hacen sobre la vegetación, mediante

la tala de ejemplares de especies características de este medio, como tarajales o balancones, algunos de los cuales, como estos últimos, juegan un papel clave en la protección del sistema de dunas frente a la erosión marina; por último, utilizan el espacio de dunas como lugar de ocio y esparcimiento, con el desarrollo de actividades que nada tienen que ver con la protección vocacional del sistema, dejando muestras palpables de su estancia, en forma de cúmulos de desechos. Dos incendios forestales en el último mes son las últimas manifestaciones de su presencia. Así, a este sistema mermado se le van añadiendo cada día acciones que, lejos de favorecer su mejora, inciden más, si cabe, en su deterioro.

Considerando el conjunto de las transformaciones explicadas, cabe comenzar a plantearse “¿qué hacer con Maspalomas?”.

Desde un punto de vista estrictamente ambiental cualquier transformación ecológica producida por el hombre debe ser considerada una agresión hacia el Medio Natural. Centrándonos en las modificaciones inducidas por la urbanización de la terraza del Inglés, cabría decir que, si bien es cierto que dicha agresión no tiene un responsable directo, tal y como se ha explicado con anterioridad, no por ello debemos obviar sus consecuencias ambientales. Admitirlas como propias sería un síntoma de responsabilidad por parte de la sociedad canaria.

Desde el punto de vista científico, se hace imprescindible seguir profundizando en el estudio de los cambios que se suceden a diario, con el fin de conocer el comportamiento de nuestro medio natural, y las formas que adquiere al adaptarse a las condiciones que desde la sociedad le imponemos. Estos estudios resultarán de gran utilidad para los centros de desarrollo, sean de Canarias, o de cualquier otro lugar del mundo, llegado el momento de tomar una decisión similar a la que se tomó en Maspalomas. La lección que la Naturaleza nos ha dado en este espacio, no sólo debemos asumirla con humildad, sino sacar provecho de ella, con el fin de prevenir impactos futuros.

De igual forma, se hace necesario continuar investigando ese gran proceso que hemos identificado en el sistema: la carencia de aportes de arenas, con el fin de establecer unas bases sólidas sobre las que apoyar hipotéticas medidas que se puedan tomar en el futuro.

Por otro lado, desde un punto de vista meramente patrimonial, conviene reconocer que la imagen de las dunas móviles, es la imagen de Gran Canaria (a veces de toda Canarias) para buena parte del resto del Estado, y para buena parte del resto del Planeta. Pero sobre todo para todos nosotros, los que vivimos en esta isla, y en este Archipiélago. Tanto como lo es la imagen del Roque Nublo recordado sobre el cielo, tanto como lo es la del Teide nevado. Desde este punto de vista habría que formular una pregunta: ¿Estamos haciendo todo lo posible por salvaguardar el último sistema de dunas móviles que nos queda en Gran Canaria? Si no es así, podemos asegurar que las generaciones venideras se plantearán las mismas preguntas vanas que hoy formulamos a nuestros antepasados, que decidieron talar uno a uno los árboles que configuraban el mayor bosque de laurisilva de Canarias, otro de nuestros emblemas muertos.

Pero Maspalomas es, además de un valor natural, científico y patrimonial, un valor económico. La imagen de las dunas móviles nos ha dado de comer durante cuarenta años. Ha sido (y es) un reclamo que hemos sabido utilizar sabiamente. Es la imagen del dinero que llega a nuestros bolsillos; la imagen de este paraíso nuestro, que ofertamos al resto del mundo como bien turístico. Y si esa imagen desaparece ¿no es posible que también desaparezcan los turistas que vienen a disfrutar de este espacio natural?

Estas preguntas que hemos formulado deberían caber en una reflexión más amplia. Una reflexión que nos permita reconocer cómo durante cuarenta años hemos ido extrayendo recursos económicos de un sistema frágil, aunque sin devolverle prácticamente nada. Porque hoy en día nadie discute que Maspalomas ha sido el eje principal sobre el que ha girado el desarrollo económico de esta isla. Pero quizá es tiempo ya de reconocer que ese desarrollo ha tenido (y tiene) un alto coste ambiental, que lamentablemente no hemos sido capaces de asumir; y si no damos ese paso, posiblemente no seamos capaces de gestionar adecuadamente los escasos bienes naturales que nos quedan.

Porque una protección pasiva de este enclave natural no es admisible, sobre todo cuando sabemos que, a pesar de las prohibiciones expresas que establece la normativa vigente, el interior del sistema de dunas está diariamente atestado de usuarios, cuyas actividades inciden en el detrimento de este activo social. Y no hacemos nada, y miramos para otro lado, porque lo contrario resultaría económicamente poco rentable. ¿Pero a qué plazo?. Proteger únicamente sobre los textos legales quizá nos permita dormir tranquilos

durante un tiempo, pero un día nos despertaremos (con Maspalomas ya lo estamos haciendo) para observar, con asombro, como el sistema natural se ha visto obligado a no seguir las pautas que pretendíamos de él. Por eso, tal vez, ha llegado el momento de redescubrir Maspalomas; tal vez ha llegado la hora de reinventar la forma de entender y atender a nuestros sistemas naturales, de cara a realizar una protección diferente, en el marco de un desarrollo sostenible real. En este sentido, Maspalomas es tan sólo un emblema.

Son estas las razones que nos llevan a concluir el discurso por donde comenzamos: las transformaciones que hoy experimenta Maspalomas, y la problemática que representa para nuestra sociedad, deben hacernos comprender que, por separado, no llegamos a ningún lado. Nos incumbe a todos, a los agentes sociales, a los agentes económicos, a los científicos y a los políticos; en definitiva, a la totalidad de la sociedad grancanaria. Tal vez convendría que nos sentáramos a reflexionar, y sobre las bases de esa reflexión, establecer un consenso que nos permita tomar las medidas adecuadas para la salvaguarda de este sistema natural, patrimonial y económico. Y para esta reflexión, propongo tomar como punto de partida algunas palabras de D. José de Viera y Clavijo, cuya labor reconocemos hoy, como todos los años, en este acto, y que desde su sabiduría, nos dejó escrito: *“tropezamos a cada paso con unos hombres que tienen la osadía de destruir en pocos instantes la bella obra de los siglos, mientras que no han hecho en toda su vida nada útil, ni dejarán en los campos vestigios de su existencia (...) Qué placer se puede igualar al de extender la vista (...) y decir: Dios creó las especies (...) yo las he multiplicado. La posteridad bendecirá mis cuidados cuando eche de ver que yo he tenido la generosidad de trabajar para ella. La Patria me tributará elogios, porque he aumentado sus verdaderos bienes. Gratas reflexiones que deberían animar a todos los canarios (...)”*.

Es todo. Muchas gracias.